

MARIO ALIAGA nació en Santiago en 1972. Es Licenciado en Humanidades con Mención en Lengua y Literatura Hispánica por la Universidad de Chile. Los cuentos que aquí se presentan pertenecen al conjunto inédito titulado *Pedalear en el aire*. (E-mail: mario_aliaga@yahoo.com)

OTRA VEZ AMANECER

para C. P.A.

***"No tenemos tiempo de ser nosotros mismos.
No tenemos tiempo más que de ser felices."***

Carnets
Albert Camus

Siento que te voy dejando. Y me digo lo contrario. Vuelvo, siempre vuelvo a mentir, a creer que las traiciones son el escenario perfecto.

Comienzo a escaparme del laberinto, así, sin cuerda alguna, intuyendo que las noches serán eternas, que los colores destefirán de repente, que las jirafas ya no serán amarillas.

Y leeré de tropezos y de lenguas, de invitaciones no cursadas, de alguna loca que amó a un hermoso, para intentar la inútil acrobacia del espejo.

Me desdigo, y comienzo de nuevo.

Te siento cada vez más cerca, en la desgracia.

Y me digo que tu corazón tiene su espacio en el centro de mi casa. Que la música es un silencio torpe y sin sentido cuando me hablas. Que con tus manos desintegras la niebla que cubre el calendario.

Hablo de las alegrías humildes, de aquella inocencia que perdiste conmigo, del trampolín que caminamos juntos.

Y el pasado se me viene de golpe, como un milagro de memoria.

Con los ojos lejos, con las manos torpes, y una boca quieta me ando perdiendo por las calles, por la tarde lisonjera, por la noche impúdica.

Soñé una vida leve y reposada, otra vez mentía.

Hoy no encuentro más palabras. Y amanece.

Y me traiciono, mediante.

En el vestidor de lo que viene, voy probando nuevos gestos, otras frases, unos zapatos sabios que me lleven lejos de ti.

Adivino el sol prometido, y soy absurdo en el intento de no resignarme a andar así, decidiendo y callando, perdonándome, ridículo, en el ejercicio siniestro de olvidarte y consolarme.

CONFESION

Yo, ilustre anónimo tercermundista, bajo el uso e influjo de todas mis frustraciones físicas y mentales, confieso:

1. Haber sido ingenuo al creer que mi vida sería tranquila y fría.
2. Haber torturado hasta la muerte al niño que había en mí.
3. Haber deseado y disfrutado cuerpos que me dijeron prohibidos.
4. No creer en otro cielo que no sea el orgasmo ni en otro infierno que no sea el olvido.
5. Ser avaro con lo que me queda de llanto.
6. Gozar la gula desde que supe que no soy eterno.
7. Odiar profundamente a todos los que me rodean una vez a la semana.
8. Sentirme dios cuando abro mi agenda y persigo una mosca.
9. Pensar seriamente en el suicidio cada mañana que amanezco solo.
10. Reír amargamente cuando imagino mi muerte.
11. Devolver con saña el insulto recibido y jamás dar la otra mejilla.
12. Sentirme alegre cuando termina el noticiero y no han hablado de mí.
13. No arrepentirme de nada sino de no haberlo podido hacer más tiempo.

14. Sentirme absolutamente inconforme como soy.
15. No sentir culpa porque no soy católico, y nunca me enseñaron qué es el pecado.

INVENTARIO

Para María Angélica.

Tal vez fue en una de aquellas tardes que tanto odia: tranquila, sin estruendos ni simulacros, de ésas cuando la verdad comienza a petrificarse. O quizá fue una de las otras, fervientes, redentoras, alucinadas, de aquellas cuando el espejo nos sonrío compasivamente.

La pregunta salió fluida, así como en una distracción del inconsciente: natural, como la muerte. No hubo llantos ni suspiros, sólo el nacimiento de una gran montaña que surgía a sus espaldas, acorralándolo para negar su pasado.

Sin nada que agregar, retiró la vista de aquellos ojos buscando el horizonte, pertrecho y escaso de sus veinte años.

Y comenzó, por primera vez el inventario:

- 1.-Un cuerpo que espera placer y entrega gemidos; unos ojos grises que esperan el color de una vida plácida, unos pies casi vírgenes pero encallecidos; unas manos llenas de líneas indescifrables y ansiosas.
- 2.-Dos o tres esperanzas, tres o cuatro líneas escritas a borbotones, un espejo cenicientezco, algunos libros que a veces resuellan su condena inmóvil.
- 3.-Una despedida inconclusa, números de teléfonos inútiles, cientos de fotos dispersas y otras clasificadas que le recuerdan sus raíces, grisáceas, sepia y carcomidas.
- 4.-Ganas, uno que otro terrible secreto, una confidencia olvidada por el confidente, dos labios tan rojos como el deseo, fantasías en espera.
- 5.-Un amigo muerto a destiempo, otros con grilletos sonoros e invisibles, tres mujeres de piedra que vigilan, un amor cansino.
- 6.- Voluntad, un carácter a veces insufrible, un padre fantasma, una hermana que nunca conocerá, una planta antigua, dos tortugas que de noche se reproducen en la lujuria que provoca la humedad.
- 7.-Y un baúl, un enorme y austero cofre situado en la mitad de la vida que guarda y entumece algunos recuerdos en proceso de olvido.

Fue así como esa tarde comprendió, a fuego, que las madres son una estela de piedra que narran su propia historia y la de sus hijos, que a veces las palabras pronunciadas se van quedando como lima en el estanque en el que reposa la Ofelia que todos llevan dentro, que sí, que no hay dudas, que el tiempo, Newton y los otros ya no importan, porque la vida, como su madre respondiera exacta, certera y lapidaria, sí, la vida será siempre así.

RAZA

NUNCA SUPE POR QUE NOS ODIABAN LOS OTROS, sólo supe que nunca quise.

Me miraba y era igual: mis cuatro patas y mi cuerpo.

Con el tiempo entendí que la cabeza en alto era, para los otros, una ofensa.

LOS ENCONTRE CASUALMENTE. Se habían ido con los otros.

Al principio no lo supe: se amaban. Entre los arbustos, ellos, como nunca antes ví, se amaban con desenfreno.

Perplejo observaba: una esfera, una esfera blanca y pura salió de la boca de uno. El otro la tomó y la lanzó como queriendo que el amor fuese parte del aire y formase catedrales.

Lloré. Lloré mucho mientras corría imaginando un cuerpo. Corrí hasta alcanzar el monte y perderlos de vista.

Sus voces y sus cuerpos fueron el horizonte que marcó varias noches la ruta.

HIENAS RECORREN LA PLANICIE: hambrientas, feroces, persecutorias.

Ejecutan su siniestra danza emitiendo chillidos. Se acercan, luchan entre ellas y se dispersan.

Desde el monte se ven cientos, miles, innumerables.

Ellos más arriba. Yo petrificado mirándolas.

Una me mira y se detiene. Gime y las demás también me miran.
El viento arrecia y entre la niebla las veo venir.
Ellos hacen sonar el cuerno; la señal. Desbocados corren, yo no puedo.
El aire se hace cada vez más denso y la tierra supura olor a muerte.
Me miro y he cambiado. Quiero correr, las siento cerca y no puedo; el cuerpo no responde: soy otro. No se cómo moverme.
A lo lejos escucho que se han ido; quedo solo con la angustia.
Las hienas se acercan, ya casi me alcanzan. Grito, y mi voz también es otra.
Mientras la primera hiena alcanza mi pata, un trueno grita conmigo en el cielo y comienza a llover sangre.

TAL VEZ NOS IREMOS TODOS JUNTOS como una rara y extinguida raza.
Lejos, donde el sonido del cuerno tenga eco y las hienas ya no existan.
Nos iremos en carnaval y en caravana murmurando la promesa que un dios extraño y ebrio nos hiciera: la inmortalidad.
Su voz aún la escucho fuerte.

TRECE

Uno, y te mientes al decir que las cosas siguen marchando.
Dos, y el salto mortal se reprime. Al tres, avanza la noche cercando la ciudad.
Llegar es también un poco entregarse, dejarse llevar en la magnífica escena shakesperiana de volver reiterativo, atávico y disonante a ser el mismo.
Cuatro y no pasa nada. Sólo la derecha que se antepone a una izquierda dormida.
Es un mar el que se escucha de noche desde acá; un crepitar inconfundible sin olor a sal. Y sin arena.
Cinco. No queda tiempo, me enseñaron los ancianos una noche cualquiera, perdida, y certera.
El seis te recuerda la promesa que no pudiste cumplir y que hace lenta, casi imperceptiblemente, sangrar tu costado.
Un olor intenso y perseguidor recibe al siete. Olor a pan, y a noche oscura. A sexo, y especias.
Un olor de quejidos anunciados para hoy. Un aroma a comida recién echa por manos quejumbrosas, una comida que parece invitación y que no llega.
Detenerse a pensar un poco en el futuro. En la piadosa sensación de no saber qué viene. En la certeza transgresora de encontrar el sol por la mañana, y la tristeza de que nunca será diferente. Respirar. Como se pueda; ni alegre ni hondo. Y continuar, un poco por orgullo, o por no saber cómo no hacerlo.
Una fiera puerta enfrenta el ocho. Roja, como la sangre.
Nueve y las ganas van aumentando. Ganas de que el espacio no fuese siempre el mismo, que de pronto, sin saber cómo, la distancia aquella no existiera; que inusual, todo viniera a ti. O tú te fueras.
Nueve, nueve, nueve. En un segundo, en la fracción que no se ve, que no se siente entre uno y dos, llegar al diez.
Romerías de hormigas te reciben. Imperceptibles como las traiciones, y también silenciosas, al agudizar la vista ves ciento treinta y dos, o ciento treinta y tres hormigas que, en caravana, festivas, recorren el piso sin destino conocido.
En particular apostolado de ires y venires, en el once el cielo tiene un color más añejo, violado.
Te inventarás una historia sobre el tiempo y los colores, que la restauración y las brochas, pero lo cierto es que el once tiene un techo que no alcanza su dignidad, como el anhelo que tenías para tu vida.
Doce, y sin querer, comienzas a asumir que hoy cumpliste un siglo, y que no hay forma, no hay manera de perderse.
Al llegar el trece, presientes que sólo para ti, en todo el universo, aunque el calendario diga otra cosa, hoy fue martes.